

# **SANTIFICACIÓN DE PRESBITEROS Y CONSAGRADOS**

**Alocución en la Reunión de Pastoral, junio 12 de 2018**

**+Jorge L. Urosa Savino, Cardenal Arzobispo de Caracas-**

Acabamos de celebrar La Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús establecida por el Papa Juan Pablo II como la Jornada de la Santificación Sacerdotal. En esta ocasión yo quiero extenderla también a la santificación de los diáconos y de nuestros hermanos de la vida consagrada. Es una ocasión para recordar, considerar a fondo y agradecer de corazón la extraordinaria vocación a la cual estamos llamados, junto con todos los cristianos, los que hemos sido convocados a vivir más cerca del Señor, a ser sus ministros, y sus mensajeros de luz y de vida.

## **VOCACION UNIVERSAL A LA SANTIDAD**

Los obispos, los presbíteros y diáconos y las personas de la vida consagrada hemos sido llamados por Dios a una existencia maravillosa como ministros de Jesús, Apóstoles de Jesucristo, como sus amigos y sus mensajeros, como sus “sacramentos-personales- en medio del pueblo. Y esto debe llenarnos de alegría y de entusiasmo. Y es preciso que reafirmemos nuestro compromiso y nuestra dicha en vivir esa vocación, y en cumplir nuestro ministerio, como nos pide San Pablo.

Pero, además, y como necesaria previa condición para vivir esa vocación, está nuestra vocación a la santidad. Escuchemos a San Pablo en el prólogo de la carta a los Efesios: Ef 1, 1- 12.

Todos los cristianos estamos llamados a la santidad, que es también la condición fundamental para alcanzar la felicidad para la cual hemos sido creados. Esto nos lo enseña Jesús en el sermón de la montaña, especialmente el capítulo V, en el cual el Señor al hablar de la felicidad nos habla de las virtudes, especialmente del amor y de nuestra entrega a Él, como requisito fundamental, indispensable, para alcanzar la felicidad. y la perfección cristiana Él nos llama a ser “perfectos como es perfecto nuestro Padre celestial” (Mt 5, 48)

Esto, de una manera más clara y breve lo reitera el Señor en el diálogo con una mujer del pueblo, como lo leemos en Lc. 11, 28. Ella quiso halagar a Nuestro Señor alabando a su querida madre, y exclamó: “Feliz el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron”. En respuesta, Jesucristo le dijo “Felices más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28)

De esa manera Jesús nos enseña que la felicidad, nuestra realización personal, nuestro bien, nuestro futuro, no está en una relación natural con El, y mucho menos en seguir nuestras propias inclinaciones, gustos o ideas, sino las que nos inspire y nos prescribe el Señor. Está en cumplir la voluntad de Dios. Esa frase del Señor en Lucas resume las bienaventuranzas, en las cuales Jesús nos dice que serán felices los pobres, es decir, los desprendidos, generosos, desinteresados, los austeros, los que no buscan su comodidad; los limpios de corazón, es decir los que no se llenan de basura moral en el alma; los misericordiosos, es decir los buenos, los solidarios, los que perdonan; los mansos, es decir no los que pretenden lograr cosas por la fuerza; los misericordiosos, no los fríos ni los duros ni vengativos.. los pacíficos, es decir no los peleones, los intrigantes, ni los violentos!

## **LA SANTIDAD ES LA AUTENTICA FELICIDAD**

Escuchar su palabra, y dar los frutos del Espíritu es el camino de la felicidad y asimismo el camino de la santidad, el camino de la identificación con Jesús (Ga 5, 22-25)

En las bienaventuranzas y en Lucas 11,28 Jesús nos enseña que alcanzaremos la felicidad, la plena realización humana, cumpliendo su santa voluntad, viviendo con fidelidad su palabra como lo hizo María Santísima. Y ¿cuál es la voluntad de Dios? La voluntad de Dios se nos manifiesta en los mandamientos de su Ley, pero también, en nuestros compromisos, en nuestras tareas y exigencias personales de acción evangelizadora y de vida eclesial. Para ser santos y felices hemos de vivir según nuestra condición, cumplir nuestros deberes de estado, hacer bien la rutina de todos los días. Podemos decir con propiedad que la felicidad la da al Señor a los que practican la fidelidad. A los que son fieles, el Señor los hace felices. A quienes actúan así el Señor los colma de felicidad, en esta vida y en la vida eterna. Y es bueno considerar esto con

seriedad. La contrapartida de no cumplir la palabra, la voluntad de Dios es el problema, el fracaso, la tragedia, el pecado, los conflictos, y, por último, en muchos casos, la muerte misma y también la condenación eterna.

De manera que, para realizarnos en la vida, para ser felices en nuestra condición de sacerdotes, de religiosos y religiosas, de diáconos, tenemos que ser fieles cumplidores de nuestros compromisos, de nuestras obligaciones. Comenzando por la fundamental, la elemental y básica: cumplir los diez mandamientos de la Ley de Dios. Pero, además, llenarnos de amor a Dios y amor al prójimo. Y movidos por esos amores, cumplir nuestros compromisos personales de sacerdotes, de religiosos, de diáconos.

## **NUESTRA VOCACION A LA SANTIDAD**

El Concilio Vaticano II en el documento *Presbyterorum Ordinis* (12,13 y 14) nos invita a todos los sacerdotes a ir por el camino de la santidad, y nos indica que la conseguiremos identificados a Cristo como buen pastor, ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo la triple función de Jesús: la evangelización, la santificación de los fieles y la cura pastoral. Y el Concilio Plenario de Venezuela resalta como espiritualidad propia del presbítero diocesano su identificación a Cristo Buen pastor, la vivencia de la caridad pastoral, y –en el caso de los presbíteros diocesanos- la identificación y entrega a nuestra Iglesia local (Obispos presbíteros y Diáconos, 81)

La Congregación para el clero en un reciente mensaje nos invita a considerar tres aspectos de la vocación a la santidad, o más bien del camino de la santificación.

**En primer lugar, subir, elevarnos a lo alto.** ¿Qué significa esto? Se trata de no quedarnos en la rutina diaria, en el agobio que podemos sufrir, en las cosas negativas que tenemos, en nuestra indiferencia o cansancio o sequedad espiritual. Elevarnos con el Señor al monte de la transfiguración. Fortalecer nuestra intimidad con él en la oración, el anhelo de ser mejores, el no conformarnos con meramente ser “más o menos buenos”. Es seguir a Jesús por el camino de la cruz que nos lleva a la felicidad.

**En segundo lugar: dejarnos transformar cada día por el Señor.** Él nos ha llamado a ser sus testigos, sus mensajeros, y en el caso de los sacerdotes, sus ministros, o sacramentos personales de Jesús en el mundo. Por eso, hemos de dejarnos transformar en lo que él quiere de nosotros. Y no podemos rendirnos ante la mediocridad espiritual. Por eso, es importantísimo reflexionar sobre nuestra situación personal, nuestro deseo de ser santos, nuestra vivencia o intensidad de la fe. Yo muchas veces, les confieso, ante testimonios de seculares o religiosos o de otros hermanos sacerdotes piadosos y santos, quisiera tener la fe y la religiosidad que ellos tienen. Eso es dejarnos transformar por el Señor.

Y luego en tercer lugar **ser luz para el mundo.** Esto es una consecuencia de esa transformación, en nuestro camino hacia la santidad: es decir, irradiar la luz de Cristo a través de una vida santa, de apostolado, de servicio pastoral, de entrega generosa al pueblo que nos está reclamando, pidiendo a gritos que los ayudemos a ser buenos cristianos.

## **EXIGENCIAS DE LA SANTIDAD PASTORAL**

Pues bien. Teniendo en cuenta esas exigencias yo quisiera en este contexto referirme a tres aspectos fundamentales, maravillosos y exigentes para la santidad de los ministros del altar y de los religiosos. En primer lugar, el compromiso del celibato y la virginidad religiosa para sacerdotes y consagrados, y la fidelidad matrimonial para los diáconos casados. En segundo lugar, la intensidad de la vida espiritual; y, en tercer lugar, nuestro compromiso religioso y eclesial de trabajar por el reino de Dios sirviendo generosamente a los fieles encomendados a nuestra atención pastoral. Algunos de estos temas ya los he tocado anteriormente, pero por su importancia considero conveniente abordarlos de nuevo.

**1. El celibato por el reino de los cielos.** Desde sus inicios, la Iglesia, siguiendo a Jesús y a San Pablo (Mt 19,10-12; 27-29.; 1 Co. 7, 7-8; 32-35), estimó altamente el consejo evangélico de castidad. Se trata de ser como el Señor, de renunciar al amor de una persona, a una familia propia, y al ejercicio de la sexualidad para imitar, tener los mismos sentimientos de Jesús. San Pablo nos habla de esto en el capítulo 7 de su carta a los Corintios.

Cuando fallamos en este campo contra nuestra consagración, faltamos gravemente, no solo al 6° Mandamiento, sino también a nuestro compromiso, a nuestra vocación, a nuestro propio honor, que comprometimos en la profesión religiosa o en la ordenación diaconal y presbiteral. Y el fracaso y las tragedias que sobrevienen son gravísimos, tristes y dolorosos. La mayor parte de las defecciones de los sacerdotes se deben a fracasos estruendosos en este campo. Por eso, evitar tragedias horribles y dolorosas exige la fidelidad al celibato, a nuestra vocación, al amor a Dios y a los fieles. Por supuesto, la felicidad exige nuestra fidelidad.

## **2. En segundo lugar: una intensa vida espiritual.**

Esto es de capital importancia. **Ser amigos de Jesús** Para elevarnos a lo alto hemos de superar y vencer las tendencias siempre presentes en la vida sacerdotal el antropocentrismo, el activismo, el inmediatismo. Y el consiguiente descuido de la vida de piedad. Esto, en nuestra época ha sido agravado por el secularismo: el descuido de la religiosidad, de los elementos de piedad, del sentido de lo sagrado. La mundanidad, el aseglaramiento, el desprecio de los signos religiosos, de los gestos de religiosidad, como la genuflexión, la señal de la cruz, el arrodillarnos y ponernos de pie para orar para orar, el santiguarnos antes de comer, y cosas por el estilo.

Estamos llamados como los apóstoles, a ser amigos de Cristo. Y seremos sus amigos si hacemos lo que él nos manda. Es una condición maravillosa: **amigos de Jesús**, amados por El, llamados a participar de su Reino y de su gloria. Y para ello hemos de intensificar nuestra oración, vivir constantemente en la presencia de Dios, sentir y tener sus mismos sentimientos. **Todo eso es ir por el camino de la santificación y de la felicidad.**

## **3 nuestro compromiso de servir generosamente a nuestros fieles.**

La actual situación del país es claramente fuente de dificultades de todo tipo para todos nosotros, no solamente para nuestros fieles. En estas circunstancias, ya lo hemos abordado en otro momento, surge la tentación de irnos, de buscar nuevos horizontes, de escapar, de huir...lo podemos llamar de muchas maneras. Pensar en irnos por dificultades económicas, porque no conseguimos algunas cosas es dejar abandonados a nuestros

fieles. Yo pensaba el otro día: los padres de familia que tienen responsabilidad de un hogar, de sus hijos, no piensan en abandonarlos e irse. Se quedan con ellos para compartir con amor lo poco que tengan. Así debemos ser también nosotros.

Pues bien: ahora más que nunca nuestros fieles nos necesitan. No cedamos a la tentación de irnos a otras partes. La escasez, la penuria, la carestía, la estrechez económica, son hechos con los cuales debemos vivir. Y para eso hemos de tener la actitud del Señor, que no tenía donde reclinar su cabeza, y pedir a Dios el espíritu evangélico de pobreza, para contentarnos con lo poco que tenemos. Sintamos el amor a nuestra Iglesia, y seamos como Cristo, que, siendo rico, se hizo pobre.

## CONCLUSIÓN

**Vivamos con alegría nuestra hermosísima vocación de ser santos e inmaculados ante el Señor por el amor. El camino de la santificación es, además, lo repito, el camino hacia la felicidad.** En la vida estamos llamados siempre a ser fieles, para poder ser felices. Observantes de los Mandamientos, seguidores de Jesús, que nos ha llamado a estar con Él, a compartir sus mismos sentimientos, para enviarnos a predicar. Ser fieles a nuestros compromisos sagrados del celibato y la virginidad, la castidad perfecta; vivir intensamente unidos a Cristo como sus amigos, y estar con nuestras ovejas, dar la vida, dar nuestro acompañamiento, nuestra solidaridad a este pueblo venezolano que está sufriendo grandes contrariedades y limitaciones en estos tiempos.

**Queridos hermanos y hermanas: me quedan pocas semanas al frente de esta querida Iglesia caraqueña como arzobispo.** De todo corazón, como amigo, como maestro, como hermano, padre y pastor, los invito a ir por el camino de la santidad que es el camino a la felicidad. Apoyémonos unos a otros. Sintamos la solidaridad con nuestros hermanos; tengamos espíritu de cuerpo, de comunión. Seamos inteligentes, queridas hermanas y hermanos: seamos fieles y santos, para ser felices. ¡¡¡Vivamos la alegría de ser amigos de Jesús!!! AMEN

Vamos a pedírselo al Señor. Pidámoslo a la Virgen Santísima, y a tantos obispos sacerdotes, diáconos y consagrados santos, que dieron la vida por Cristo y sus ovejas. Los invito, pues a concluir estas reflexiones con una oración común a nuestra madre amorosa, la Virgen de Coromoto.